

LA PUERTA DE ALCALA

Por RAFAEL GAMBRA

CUANDO a nuestro paso por París nos hallamos frente al imponente Arco de Triunfo en medio de la simétrica y uniforme Plaza de la Estrella, pensamos en lo que en Madrid pueda asemejarse a este gran conjunto monumental y urbanístico. E inevitablemente nos acordamos de nuestra pequeña Puerta de Alcalá en medio de la Plaza de la Independencia, también circular, casi simétrica, parcialmente uniforme en sus edificios.

Porque, efectivamente, lo que más puede parecerse aquí a un Arco de Triunfo es esta ilustre Puerta que un día mandara construir nuestro señor Carlos III para umbral de la Villa y Corte por su cara del sol, la que mira a la parte mayor de España. Sobre todo desde que el muro circundante de la Villa se hizo supérfluo y una urbanización académica la dejó exenta y airosa en el centro de una encrucijada circular.

Sin embargo, si de la evocación surge la comparación ¡Qué abismo entre el espíritu de uno u otro monumento! ¡Qué mundos tan distintos en la evocación de sus líneas, de su intención, de su simbolismo!

El Arco Napoleónico se revela ante todo, por su colosalismo de proporciones superiores a la medida de lo humano. Su mole inmensa y vertical parece concebida para anonadar al contemplador. Las alegorías bélicas y abstractas de sus relieves revelan el sentido de su concepción: aquello puede representar a la Francia monopolítica y unitaria de la Revolución o al Estado Napoleónico —al *Imperium*— en cualquier caso, en su sentido primigenio y pagano. Su intención funcional es recibir, bajo los nombres esculpidos de mil victorias, a los ejércitos del César y a los despojos del vencido uncidos a los carros victoriosos, entre la aclamación y el terror del pueblo espectador.

Nuestra Puerta de Alcalá, aunque no se hizo para simbolizar nada —o precisamente por eso— podría representar, en su concepción y en su destino, todo lo contrario que el Arco del Triunfo. Ante todo, no es un Arco sino una puerta que servía en su origen para que la gente entrara y saliera por sus distintos huecos mientras lucía el sol sobre los campos, y para que se refugiara, al caer la noche, en el recinto político de la Villa, dentro de sus tapias, que estaban hechas para protegerle y darle seguridad. Su arquitectura no es colosalista, ni vertical, ni pagana. El barroco clasicista de sus líneas es la humanización y la cristianización del arte clásico sin abdicar de la armonía estructural de éste. No es sólo lo humano en la medida y el orden como fué el clasicismo de la antigua Grecia, que buscaba únicamente la armonía contemplativa del espíritu humano, pero ateniéndose siempre a cánones fríos y abstractos, clásicos.

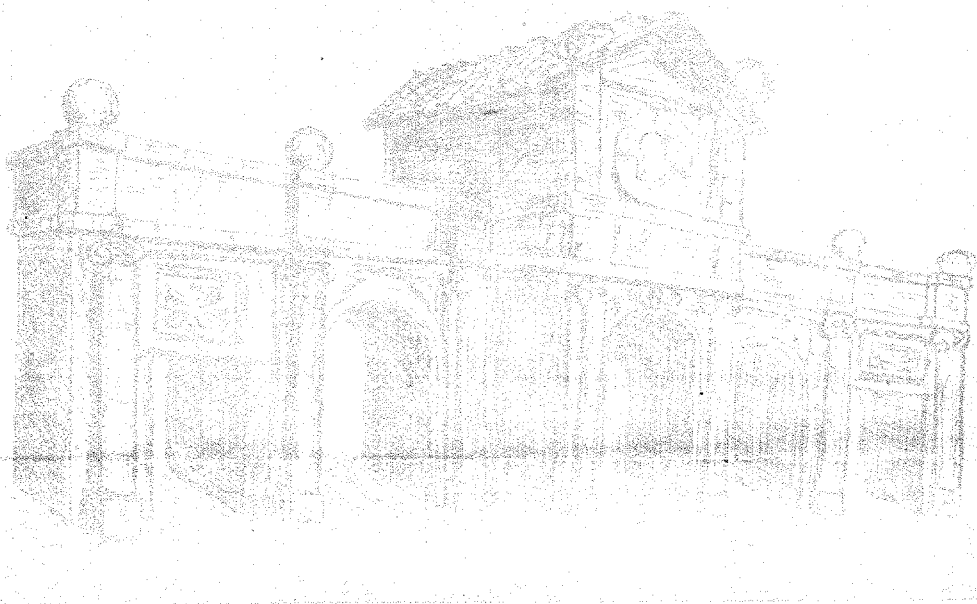
El barroco humaniza el orden clásico hasta estratos más profundamente humanos,

es decir, cordiales y efectivos. Es, como el cristianismo, el acercamiento de la Divinidad al hombre, su sometimiento voluntario a la debilidad humana sin perder su condición divina. El barroco es el arte de la civilización española, la única que hizo prender el cristianismo y la cultura europea en las más remotas barbaries sin anular su cultura aborigen ni su vida.

Sobre las líneas flexibles y cercanas de su entablamiento, nuestra Puerta no luce el nombre ni el anagrama de un Emperador, sino el del Rey, como mero ejecutor de una

dad humana, las llaves que parece verse obligado a recibir.

Pienso que nada puede haber más extraño al espíritu español que cualquier forma de imperialismo o de culto a la fuerza. Nuestra monarquía fué quizá el símbolo y el producto de ese espíritu: el poder que viene de lo Alto, que se abaja, se entrega a cuanto le es inferior; poder que se encarna en lo que le es súbito para adquirir así una forma de paternidad y vivir una existencia cordial y personal, plenamente humana. Felipe II tenía buen cuidado en referirse a



obra de exorno y utilidad pública. *Carlos III*, sólo por la gracia de Dios, *Rey de las Españas*, o de los españoles. Y el año en que la puerta se terminó. Sobre la lápida conmemorativa, el escudo de estas mismas Españas. No un escudo encuadrado y sostenido por águila geométrica y agresiva, símbolo de la fuerza y del autodomínio, sino un escudo barroco sostenido por ángeles del cielo y rematado por la Cruz de quien todo poder procede. Un escudo —el de España— cuya unidad es la corona cubriendo protectora los blasones de las viejas Españas federadas, en una multiplicidad diversa y bien hermanada. Como siempre, el poder y la unidad que, a la vez que reconocen lo que les es superior, se allanan e inclinan sobre lo que está bajo sí y les está encomendado.

La Puerta —ya lo hemos dicho— no se levantó para realzar el orgullo victorioso de ejércitos imperiales, sino para utilidad de la gente, para darle ornato, recinto y cobijo. Las victorias bélicas de los españoles más buscaban la disculpa y el disimulo que la exhibición de la fuerza. Su símbolo humano es el vencedor de Greda en el cuadro de Las Lanzas, inclinándose afectuoso ante el vencido, tomando, en un gesto de cordiali-

«El Emperador, mi padre» y titularse solamente Rey, y no *Rey de España*, por no erigir una entidad superior a lo que cada uno es y ama, sino «Rey de Castilla y de Aragón, Señor de Vizcaya, Conde de Barcelona...»; es decir, sin desdeñar el título de los grandes ni el de los pequeños, ni el de los muchos ni el de los pocos. El espíritu de las Comunidades triunfó en la mente de los Austrias haciéndoles gustar una forma de poder en la que éste se encarna en el alma de todos con tal de mantener perpetuamente el gesto de afectuoso allanamiento en que consiste el verdadero señorío.

Quizá, pues, nada exista más antipático al espíritu de los españoles que cuanto representa el Arco Napoleónico de Triunfo y cualquier género de actitud cesarista o de imperialismo.

DIRECCION DE «AZADA Y ASTA»

CENTRAL:

Calle Cádiz, 14 - SANTANDER

DELEGACIONES:

Serrano, 24 - MADRID

Balmes, 32 - BARCELONA

Imprenta F. Villa. - Santander